

EL MEDIO AMBIENTE Y LA UNIVERSIDAD

A propósito del modelo de desarrollo y del sector rural en Colombia¹

Jairo Sánchez Acosta²

Señor Ministro del Medio Ambiente, Señor Rector General de la Universidad, profesoras y profesores, señoras y señores:

Hace diez años, en presencia del doctor Manuel Rodríguez Becerra quien sería a la postre el primer Ministro del Medio Ambiente de la República de Colombia, en el pequeño pero humanamente cálido espacio que nos ha albergado desde entonces, tuvimos la grata ocasión de asistir al parto de una idea: El Instituto de Estudios Ambientales de la Universidad Nacional de Colombia.

Su concepción y gestación, en la que participaron con tesón incontables amigos y profesores de la Universidad cuya mención se haría aquí demasiado larga, tomó varios lustros, en un ambiente de incomprendición e incluso oposición, como suele suceder ante el advenimiento de lo nuevo o de lo desconocido. Muchos de ellos nos acompañan gratamente en esta noche. Solo quiero recordar a quien infelizmente, por su muerte prematura, no está hoy con nosotros: el ingeniero Alejandro Ospina, Vicerrector y Decano de la Facultad de Ingeniería de nuestra Universidad, quien con su sempiterna jovialidad y entusiasmo alentó la creación de este Instituto. No lo hemos olvidado.

La criatura cumple hoy su primera década de existencia, y ello constituye motivo de regocijo. Podríamos hoy hablar de las contribuciones realizadas por el Instituto, por medio de sus diversas actividades académicas, a la formación del pensamiento ambiental y a la consolidación de la institucionalidad en este campo en Colombia. Pero no es momento de enumeraciones, y los aciertos, errores e insuficiencias en que hemos incurrido ya serán juzgados

en el futuro. En la agobiada Colombia de hoy, el regocijo, cualquiera que sea su motivo, debe ser una ocasión para reflexionar en torno a las preocupaciones y angustias del presente y a los desafíos y responsabilidades que nos competen para eludir las catástrofes que acechan a la sociedad colombiana.

LO ECONÓMICO, LO SOCIAL Y LO AMBIENTAL

Como en casi todo el mundo, en Colombia las preocupaciones ambientales han logrado institucionalizarse en el Estado, en la academia y en la sociedad. Pero al lado de sus innegables aspectos positivos esta institucionalización también encierra dudas y peligros.

Nuestra reciente Constitución clasificó la acción del Estado en tres grandes tipos de política: la económica, la social y la ambiental. Pero las preocupaciones ambientales, y su estudio, según es sabido y ampliamente compartido, se ocupan de atenuar las tensiones que surgen de las relaciones entre la naturaleza y las actividades económicas y humanas en general, que son mediadas por la organización social y política de los pueblos y civilizaciones. Sin pretender eludir la necesidad de la clasificación y la especialización institucional concomitante a la división del trabajo, vale la pena preguntar si no estamos contribuyendo a atizar la esquizofrenia de la cultura moderna.

Ya desde el siglo pasado grandes pensadores insistían en mantener lo que eufemísticamente hemos dado en denominar «lo social», o sea las preocupaciones sobre la pobreza, la desigualdad y la exclusión, surgidas en buena medida de la mala distribución del ingreso y de la

1 Palabras pronunciadas por el Profesor Jairo Sánchez Acosta, Director del Instituto de Estudios Ambientales -IDEA- de la Universidad Nacional de Colombia en el acto académico conmemorativo de los diez años de creación del Instituto, realizado en la Universidad el 7 de marzo de 2001.

2 Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia del Instituto, realizado en la Universidad el 7 de marzo de 2001.

riqueza, dentro del campo de estudios de la economía. Tal era el sentido de la economía política, finalmente marginalizada o desterrada por la corriente dominante de la ciencia económica, centrada ahora exclusivamente en el mercado, la productividad y la eficiencia. Lo «social» terminó, así, relegado a la caridad y a la actividad asistencialista del Estado. La esquizofrenia que separaba abruptamente lo social y lo económico se terminó justificando en nombre de la libertad. No en vano el agudo Bertrand Russell constató tan singular paradoja: «Mientras la economía se ocupa de explicar la manera como los seres humanos realizan sus elecciones, la sociología explica como ellos no tienen ninguna elección que hacer». Y así la esquizofrenia se trasladó de la sociedad a su representación en la organización de la academia y del conocimiento. Pasó a la Universidad. ¿Estamos seguros de poder evitar que con «lo ambiental» pueda suceder algo similar?

LA POLÍTICA AMBIENTAL, EL PROBLEMA RURAL Y LA VIOLENCIA

El tema ambiental se ha globalizado, para bien o para mal. Pero las preocupaciones y retos ambientales no pueden ser los mismos en los países ricos y en aquellos piadosamente llamados «en vías de desarrollo», agobiados por la pobreza y la inestabilidad política y social. Para los primeros, las preocupaciones ambientales surgen de la misma opulencia creciente y de la dificultad del sistema capitalista para poner freno al crecimiento del consumo suntuario y a sus secuelas de contaminación, agotamiento de recursos y desestabilización ecosistémica global. Para los segundos, víctimas de la primera globalización que interrumpió o traumatizó la evolución natural de sus culturas, conquistó, explotó y expolió a sus territorios y a sus habitantes, los problemas ambientales son bien distintos. Están asociados ante todo a la sobreexplotación de los recursos y a la destrucción de los frágiles ecosistemas tropicales por la imperiosa necesidad de supervivencia de las mayorías pobres del campo. Las secuelas del anterior proceso son ampliamente conocidas: destrucción de los ecosistemas nativos, especialmente de nuestros relictos de bosque andino, intervención desmesurada y creciente sobre los páramos y las selvas amazónicas, pérdida acelerada de nuestra rica biodiversidad, desregulación de los delicados ciclos hídricos y praderización de amplios territorios para usos pecuarios.

Definitivamente, los principales problemas y prioridades ambientales de Colombia tienen como origen y causa activa fundamental, el aplazamiento sistemático de las soluciones de fondo al secular problema agrario y rural de nuestro país. Ante un auditorio ilustrado como éste, sobra abundar en los antecedentes y características de este problema. No es casual, que incluso los más lúcidos analistas de la corriente dominante, como el exministro Rudolf Hommes, en ocasión reciente aunque algo tardía, llamen a colocar este tema en el centro de las preocupaciones nacionales.

Pero el irresoluto problema agrario no es sólo prioritario para la política ambiental. Lo es también para la comprensión y solución de dos temas, íntimamente relacionados, trascendentales para el futuro del país: el de la expansión de la violencia y de la guerra y el de la necesaria y urgente discusión y reorientación de su «modelo» de desarrollo.

En efecto, para una buena parte de los analistas especializados, la falta de solución del problema agrario en Colombia constituye uno de los factores determinantes de la expansión de la violencia colombiana en sus diferentes manifestaciones, especialmente en las últimas décadas. Tanto la violencia guerrillera, como la intrafamiliar, o la englobada por la delincuencia «común», rural y urbana, responden en buena medida, y de una manera estructural y secuencial a ese hecho. El intento de resolver el problema agrario, no por la vía del fortalecimiento de las economías campesinas en un adecuado equilibrio con la agricultura empresarial, la agroindustria y aún con algunas formas controladas de gran propiedad territorial, sino por la del fomento de la urbanización y la expulsión del campesinado de las zonas rurales, a través de diversos mecanismos, ha generado el proceso gradual, acumulativo y retroalimentado de los diversos tipos de violencia que afectan a Colombia.

EL AMBIENTE Y EL MODELO DE DESARROLLO

Por su parte, las concepciones y modelos de desarrollo dominantes, centradas en la omnisapiencia del mercado, van en contravía no sólo de la solución de los aspectos globales más cruciales de la problemática ambiental planetaria, sino que en el caso colombiano han contribuido significativamente a profundizar el descuido de la problemática rural con todas las secuelas de

violencia, deterioro ambiental y desestabilización política y social del país. En efecto, para los áulicos del neoliberalismo a ultranza, el mercado ya ha formulado su dictamen definitivo sobre la suerte del sector rural: la producción campesina colombiana está destinada a desaparecer. Pero, ¿qué será de los hombres y mujeres, campesinos colombianos, y de las sociedades rurales, entendidas en sentido amplio, que conforman todavía una alta proporción de la población del país? Hoy en día, como fruto del modelo de desarrollo ingenuamente adoptado, quienes no persisten en sobreexplotar los recursos y deteriorar el ambiente, pasan a formar parte del contingente creciente de desempleados y trabajadores informales que desbordan los cinturones de miseria de nuestras ciudades. Eso en el mejor de los casos. En el peor, alimentan la delincuencia común que asola campos y ciudades, o engrosan las filas de la guerrilla y el paramilitarismo. ¿Puede alguien sensato, incluso en algún delirio de optimismo, pensar que nuestra precaria economía urbana podrá, en un horizonte razonable de tiempo, absorver el creciente desplazamiento del campesinado a nuestras ciudades, producto no solo de la violencia sino también del «modelo» esencialmente mercantil de desarrollo?

Los hechos enunciados explican porqué es tan cara a los ambientalistas, en particular a nuestro Instituto, la discusión de los modelos de desarrollo y en especial el papel del sector rural y campesino en los mismos. O tomamos cartas en el asunto, o, sin vocación de profetas o alarmistas, podemos prever la intensificación del proceso de disolución de la nación colombiana, por lo menos como hoy la conocemos.

No basta, en nuestro caso, añadir la piadosa connotación de «sostenible» a toda política, plan o proyecto que se diseñe en el Estado o en cualquier instancia de la Sociedad. Los desafíos ambientales son un reto a para la cultura y la sociedad actuales y ponen en cuestión muchos de los valores dominantes de la civilización moderna. Pero también, y especialmente en Colombia, se imbrican estrecha e indisolublemente con la política y la economía. En esto no nos podemos equivocar.

El carácter interdisciplinario de los estudios ambientales no es un mero eslogan o veleidad para posar superficialmente de seguir cánones académicos de moda. Más allá de los detalles técnicos y de los campos temáticos especializados, de los que se ocupan las investigaciones

sobre biodiversidad, suelos o el de deterioro en todas las esferas del orden natural, así como las medidas puntuales de prevención, conservación o restauración, el problema ambiental es en lo fundamental un problema de la economía y de la política, y en el caso particular de nuestro país cuestiona en un lugar central los temas de desigualdad, justicia social, cultivos ilícitos y desequilibrios regionales y territoriales, en todos los cuales, el problema agrario o rural tiene especial protagonismo.

LA INTERDISCIPLINARIEDAD, LA INVESTIGACIÓN Y EL MEDIO AMBIENTE

Los comentarios anteriores conducen a una reflexión final que compete a nuestro quehacer académico. La interdisciplinariedad y el recurso cerciente a la teoría de la complejidad, que con fundamento y convicción invocamos los ambientalistas, no significan atomización y mucho menos dispersión dilettante del conocimiento alrededor de cuanta problemática, metodología, técnica o recetario se despliega en los círculos y agendas académicas y políticas del mundo desarrollado, tan del agrado y de la conveniencia de nuestra tecnocracia criolla. Significa todo lo contrario: inclinación a la síntesis y al análisis integral de los problemas, preocupación por sus causas fundamentales y establecimiento explícito de prioridades. Esto, que es válido para la administración de la sociedad y del Estado, lo es primero y esencialmente para la academia. Lo ambiental se ocupa de un sistema de sistemas que estudia las relaciones críticas entre la naturaleza y la sociedad. Por tanto, le es pertinente la categórica aseveración de Albert Einstein: «Un sistema tiene contenido de verdad según con qué grado de certeza y completitud quepa coordinarlo con la totalidad de la experiencia».

Pese a su carácter, el Instituto de Estudios Ambientales de esta universidad, no es ni aspira a ser regente o instrumento de un nuevo campo especializado de investigación, sino un espacio abierto de reflexión y diálogo interdisciplinario que busca analizar, dilucidar y confrontar un aspecto crítico de la cultura moderna en un contexto de múltiples determinaciones, todo ello en interacción respetuosa y armoniosa con una amplio conjunto de saberes y disciplinas especializadas. En tal sentido, hace parte del campo de las ciencias o disciplinas de la historia y las humanidades. Esta concepción implica una tensión con la organización

tradicional del conocimiento y especialmente de la investigación, basada exclusivamente en la hiperespecialización, que en la época moderna ha tendido a degradar a las disciplinas de la historia sometiéndolas al frío y muchas veces vacuo imperio de la técnica. En 1938, Martín Heidegger, quien justamente ha sido reconocido como uno de los más grandes pensadores del siglo XX, preveía con lucidez anticipatoria el desvarío de la ciencia y de la investigación que hoy presenciamos en toda su intensidad y crudeza. Refiriéndose al investigador del mundo moderno afirmaba: « ya no necesita más en su casa de una biblioteca. Por lo demás, siempre está de viaje. Negocia en conferencias y se instruye en congresos. Se ata a encargos de editores. Estos participan ahora en la determinación de los libros que deben ser escritos.» Y comparando este precario destino de la investigación con la otrora gloriosa tradición de la Universidad alemana concluía: «A su lado puede sostenerse, por algún tiempo más y en algunos lugares, el romanticismo de la erudición -que se hace cada vez más magra y vacía- y de la Universidad.»

Nuestro Instituto, recogiendo a los principales exponentes del pensamiento ambiental, no puede soslayar que persigue un cambio en la concepción y la organización del conocimiento y de la educación. Ésta, junto con la aguda iniquidad económica, la injusticia social y la violencia son las más grandes tragedias de nuestra nación. Acogiendo las palabras del profesor Hector Fernando López en su reciente libro «El misterio del camino del pensar», «la orientación de la educación [actual] ha invertido la ética de la responsabilidad en negocio, mediocridad y eufemismo. El existir ha sido profanado por la racionalidad mercantil, patrimonialista, autoritaria y dogmática (...) El sentido de la vida es desfigurado por la lógica despersonalizante y severa del utilitarismo, (...) La rentabilidad ha sido elevada a la categoría de valor supremo».

Señoras y señores, el pensamiento ambiental no transita por un lecho de rosas. Tenemos diferencias frente a las corrientes dominantes del pensamiento contemporáneo y no podemos ni debemos evadir el debate. Solo aspiramos a que se de con el rigor, la profundidad y el respeto que la búsqueda de la verdad exige a la academia, pero también con la responsabilidad y la urgencia que nos exige la gravedad de los problemas que padece nuestra nación.

Estamos seguros, de que si perseveramos con tesón y honestidad en nuestra misión, con el concurso de la universidad y de todos nuestros amigos, muchos de los cuales nos acompañan en esta grata noche, podremos construir y preservar para nuestros hijos y para las futuras generaciones una nación digna y justa y un país rico y hermoso en armonía con la naturaleza. Muchas gracias.



